

El rostro

(Los macroretratos de John Ulbricht)

Todos somos un rostro que se agranda,
que crece hacia el mañana, que se aumenta
a medida que el tiempo propio anda.
Todos somos la cara que presenta

la vida desde el fondo de un espejo,
la luz del existir de cada cual,
las facciones de un rostro mismo y viejo
que se hace intrasferible y personal.

Irrepetible rostro en dimensiones
macroprosopiamente sorprendidas
rostros más grandes que sus corazones,
perdurando después de nuestras vidas.

Todos somos la faz de la esperanza
interminablemente hacia el futuro.
Todos somos el rostro de lo que no se alcanza,
la cara grande del no estar seguro.

Nadie ve nunca un rostro al fin entero.
La llanura le ve de la mejilla,
le ve el mar de los ojos prisionero,
o del mentón la quilla.

Le ve el bosque menudo de la ceja,
la costa herida de la boca,
el farallón de la nariz, la queja
de la frente que al cielo siempre invoca.

El rostro es como un mundo, como un cosmos pequeño
que no se alcanza en un golpe de vista.
El rostro se prolonga por el sueño.
Nadie puede seguirle ya la pista.

Se pierde en el sinlímite impreciso
de lo que fue, de lo que pudo acaso
ser, de lo que será, de lo que quiso,
de lo que es solamente ya fracaso.

Todos somos la altura de la cara
que ponemos al mundo y a la vida,
la dimensión de lo que nos separa
de la cuna a la muerte repetida.

Gigantes rostros somos que crecemos
monstruosamente desasidos
de nuestros pobres hombros. Nos hacemos
rostros, rastros perdidos.

De facciones telúricas rehechos,
de planetarios rostros proyectados.
El sol nos quema torvamente a trechos.
En la noche caemos sepultados.

Convulsiones geológicas nos hienden,
cataclismos debajo de los ojos
y cósmicas torturas que de los labios penden
y grumos de volcánicos despojos.

Los hombres son como Ulbricht los retrata:
macrorrostros, planicies de libertad herida.
Debajo de las graves aristas se aclimata
la paloma asustada de la vida.

LEOPOLDO DE LUIS